

Alice Kellen

DONDE

TUDO

BRILLA



Alice Kellen

Donde todo brilla

PRIMERA PARTE

LO QUE OLVIDAMOS

(1989-2007)

UÑA Y CARNE, 1996

(Lo que olvidamos)

Según la paradoja del cumpleaños, en un grupo de veintitrés personas hay una probabilidad de más del cincuenta por ciento de que al menos dos de ellas cumplan años el mismo día. En un conjunto de sesenta personas, la probabilidad es casi del cien por cien. La gracia de esta verdad matemática es que contradice la intuición común porque la gente tiende a pensar que es mucho más difícil coincidir.

Pero ahí estaban ellos.

Nicki llevaba en la cabeza una corona de eucalipto y flores silvestres que su madre le había hecho para la ocasión y River aguardaba con impaciencia mientras la abuela Mila encendía las velas. Los dos cumplían siete años. Se inclinaron a la vez, sonrieron mirándose de reojo y pidieron un deseo antes de soplar.

«Nicki y River».

«River y Nicki».

Tan inseparables que aterrizaron en el mundo con tan solo cuarenta y siete minutos de diferencia. Y si a eso le sumamos que eran vecinos, podría decirse que no fue una sorpresa para nadie que se convirtiesen en uña y carne cuando aún usaban pañales.

Si esto fuese un cuento, empezaría así:

«Érase una vez dos familias que encajaron sin esfuerzo

como dos rebanadas de un sándwich de huevo. Ocurrió durante el invierno de 1989, cuando Vivien y Jim heredaron la vieja casa de un tío lejano y decidieron asentarse en Maine porque, en realidad, los Aldrich nunca habían pertenecido a ningún lugar, así que podían elegir dónde echar raíces y el destino quiso que, a tan solo unos metros de distancia, tras una valla recubierta de espesa hiedra, viviesen los Jackson. Después, su amistad surgió con tanta facilidad y naturalidad como la llegada de la primavera. Y colorín colorado...».

Pero, como no se trata de un cuento, seremos más precisos.

Pese a ser inseparables, las dos familias eran muy distintas.

El matrimonio Jackson tenía dos hijos: River y Maddox. Generación tras generación, todos habían nacido en Maine, habían vivido en Maine y habían muerto en Maine. Poseían un vínculo especial con el mar y, pese a la inestabilidad de la zona, podían predecir el tiempo echándole un vistazo rápido al cielo. El padre, Sebastian, se dedicaba a la pesca de la langosta, tal como había hecho su propio padre, su abuelo y su bisabuelo. La madre, Isabelle, regentaba un acogedor restaurante, El Anzuelo Azul, que tenía clientela durante todo el año y alcanzaba su esplendor en verano, durante la temporada turística.

Las personalidades de sus hijos parecían adaptarse a los cánones establecidos. Maddox, que era un año mayor que su hermano, era responsable y sereno, pero también un poco taciturno y reservado. Era observador como un halcón y le irritaban los halagos. Por el contrario, a River le gustaba gustar. Era impulsivo y nunca pensaba en las consecuencias, embaucador cuando tenía en mente un propósito y tan activo que no podía mantenerse quieto ni cinco minutos (le empezaba a picar el cuerpo o se mordía las uñas).

A la gente del pueblo le llamaba la atención que se pareciesen tanto físicamente y tan poco en todo lo demás; porque era innegable que habían heredado el cabello oscuro del padre y

los ojos azules de la familia materna. Pero ahí terminaban sus semejanzas.

En la casa de los Jackson reinaba el orden. Sebastian era metódico y pragmático, mientras que Isabelle se esmeraba por colocar cada cosa en su lugar y no soportaba ver hilos sueltos en la ropa o que las motas de polvo se asentasen sobre los muebles. Y tenían relojes por todas partes: en la cocina, en el salón y en las muñecas.

En cambio, los Aldrich vivían en las nubes y más allá.

Vestían ropa colorida, tenían pocas normas y eran muy creativos. Absurdamente creativos. Lo mismo les daba por pintar macetas con diseños étnicos que por hacer velas aromáticas o tejer bufandas. Cada vez que surgía algún conflicto, como decidir qué cenar o si Nicki se enfadaba porque su hermana Heaven le había roto un juguete, se organizaba una asamblea familiar y todos se reunían en el salón para hablar y ejercer su derecho a voto. Por cuestiones jerárquicas, la abuela Mila se encargaba de moderar.

A Nicki y Heaven se les permitía pintar las paredes de sus habitaciones, porque sus padres consideraban que ese lugar les pertenecía. No tenían un horario fijo para irse a la cama, les dejaban meter los dedos en el bote de la mermelada y elegían su propia ropa, algo que resultaba de lo más pintoresco, porque mezclaban colores y texturas sin orden ni concierto. Sin embargo, esa libertad no era ilimitada y para ver la televisión tenían que conseguir puntos haciendo tareas del hogar que luego canjeaban por valiosos minutos delante de la pantalla.

Cuando las dos familias se juntaban, cosa que ocurría casi a diario, era como mirar a través de un caleidoscopio. Al principio resultaba caótico, pero pronto todo adquiría nitidez y los tres espejos enfrentados que formaban un prisma triangular daban lugar a una explosión de colores y formas que sobreco-
gían por su belleza.

—¿Habéis pedido un deseo? —preguntó Vivien.

—Creo que River ha soplado antes las velas.

—No es verdad, Nicki —protestó el aludido.

—Venga, no discutáis en vuestro cumpleaños.

Se comieron su ración de pastel antes de salir al jardín. Sebastian Jackson había construido para sus hijos una casa de madera en un árbol de gruesas raíces que serpenteaban entre las malas hierbas. Nicki y River subieron por el tronco agarrándose a los tablones de madera que servían de escalera. La casita era maravillosa. Tras mucho insistir, River había permitido que Nicki la decorase, así que por todas partes colgaban carruseles de hilo con conchas de la playa y bellotas, en la ventana había una cortina floreada que tiempo atrás había sido un vestido de la abuela Mila, y la mesa de madera estaba llena de palitos y vasitos de arcilla en los que Nicki guardaba cosas.

River cogió uno que contenía semillas ovaladas.

—Mi hermano dice que todo esto es basura.

—Maddox no tiene ni idea. Son pociones mágicas, River. Mira, esta de arena de la playa te hace superfuerte y, si te comes los pétalos de las campánulas, te salen plumas azules por todo el cuerpo —dijo emocionada.

—¿Y para qué querría tener plumas?

—¡Pues para volar, tonto!

—No las necesito. Atenta.

River se asomó por la ventana y, con una sonrisa desdentada iluminando su rostro, se sujetó a una rama del árbol que era fina y estaba un poco arqueada.

—No deberías hacer eso. Si tu madre te ve...

—Bah. Ya tenemos siete años. Es nuestro día. ¿Y sabes una cosa, Nicki? —Cogió impulso y se balanceó como un mono—. Deberíamos hacer algo prohibido en cada cumpleaños. Se me ocurren un montón de cosas.

—River, ten cuidado. Podrías caerte.

Él puso los ojos en blanco y fanfarroneó:

—Si hasta puedo solo con una mano.

—Uy, mira, qué gusano tan bonito...

—¿Gusano? ¿Qué? ¿Dónde?

Un segundo después, River perdió el equilibrio. Las hojas del árbol parecieron agitarse con cierta alegría taimada mientras él se precipitaba al vacío. Hubo un golpe seco. Pum. Y luego un silencio profundo.

Nicki se asomó con el corazón en la garganta.

—¡Mamááá! ¡Papááá! ¡River se ha matado!

Años más tarde, al recordar aquel momento, él siempre se burlaría de la frase de ella diciendo: «Qué exagerada. Solo me rompí la pierna derecha. Y la muñeca. Y el dedo índice. Y me fisuré una costilla. ¿A quién no le ha ocurrido alguna vez?».

RIVER, AGOSTO DE 1998

(Lo que olvidamos)

—Toma, ve a llenar el cubo de agua.

—¿Por qué siempre me toca a mí? —protesté.

—Porque es la tarea más sencilla —contestó ella.

Decidí dejarlo estar porque Nicki podía debatir durante horas si lo consideraba oportuno y darme otras veinte respuestas. Era cosa de familia. Los Aldrich lo analizaban todo. Podrían haber formado parte de un experimento científico que consistiese en encerrarlos en una habitación blanca con tan solo una piedra y ellos habrían hablado sin cesar de la textura y la porosidad, la densidad y la tonalidad grisácea que, a su vez, habría derivado en la geología y la existencia de la humanidad.

Así que me acerqué hasta la orilla y llené el cubo de agua.

La playa estaba casi vacía. Unos metros más allá, nuestras madres estaban sentadas en sendas sillas plegables y bebían té casero de un termo mientras charlaban. Junto a ellas, Maddox leía un cómic con aire ausente.

—¿Y qué hago ahora?

—Coge una pala y excava un foso.

Hacer agujeros en la arena siempre me había gustado. Cuando éramos más pequeños, Nicki aseguraba que, si cavaba muy muy hondo, podríamos llegar a Australia y yo me lo creía y ponía todo mi empeño en ello; al menos, hasta que un día mi hermano me dijo que era idiota.

—La torre está curvada —le dije señalando el castillo de arena.

—Claro. Es porque un dragón le ha lanzado una bola de fuego.

La observé mientras ella hundía piedrecitas alrededor de las ventanas del castillo. El sol se reflejaba en su cabello pelirrojo y enredado. Tenía la piel frágil, así que Vivien la embadurnaba con crema solar cada hora, sobre todo en las mejillas y la nariz, justo el punto en el que un puñado de pecas intentaban abrirse paso como estrellas en las noches despejadas. Sus cejas y pestañas eran rubias, algo que odiaría años más tarde, y poseía una belleza extraña porque tenía los ojos demasiado separados. En realidad, toda ella era rara. O eso decían nuestros compañeros de clase. Quizá fuese debido a su aspecto, aunque la extravagancia que rodeaba a los Aldrich ayudaba tan poco como la fascinación que Nicki sentía por la magia, las brujas y los mundos de fantasía.

—Estoy cansado —dije al cabo de cinco minutos—. ¿Nos bañamos?

—No. El agua está muy fría.

—Vale, pues tú te lo pierdes.

Lancé la pala al suelo y me encaminé hacia la orilla. El mar estaba en calma cuando me metí en el agua helada. Hundí la cabeza de golpe y, tras salir a la superficie, me quedé mirando las gaviotas que sobrevolaban el cielo. Semanas atrás, mi padre me había contado que, como los pingüinos, pueden beber agua del océano porque poseen una glándula de sal. Y luego lloran, literalmente. Las gaviotas expulsan lágrimas lechosas para eliminar el exceso salino. Sus glándulas tienen más potencia que un riñón.

Di unas cuantas brazadas hasta que me aburrí y regresé sobre mis pasos. Todo era mucho menos divertido sin Nicki. A medio camino, vi un trozo rojizo de vidrio marino.

—Mira lo que acabo de encontrar.

—¡Es precioso! ¿Dónde estaba?

—Cerca de la orilla. Te lo regalo.

—Lo guardaré en mi caja de los tesoros que brillan. —Me miró con seriedad mientras me daba el rastrillo—. Venga, te dejo hacer el camino del castillo. Es un honor.

«Desde luego», quise replicar en tono burlón, pero no lo hice. Aunque el resto del mundo lo ignorase, a mí me parecía que Nicki tenía algo magnético, una fuerza que irradiaba de dentro hacia afuera y que me invitaba a seguirla a ciegas.

Entonces todavía no era consciente de que aquello era recíproco y, con el paso del tiempo, nos uniría tanto como nos separaría, porque ella siempre se dejaría arrastrar por mis locuras y yo estaría constantemente rendido a cada una de sus fantasías.

NICKI, HALLOWEEN DE 1999

(Lo que olvidamos)

—¿Has conseguido alguna? —pregunté impaciente.

—Sí, dos. —Me dio las barritas de cacahuete y caramelo. Eran mis preferidas, por eso River había entrado en una casa terrorífica para buscarlas.

—Los sesos de cereza para ti.

Estábamos sentados en el sofá. Desde la cocina se oían las risas de nuestros padres porque la abuela Mila estaba contando una de sus anécdotas, quizá aquella del día que perdió las bragas en un concierto de los Rolling Stones. A Maddox le habían dejado quedarse a pasar la noche en casa de su mejor amigo, Dennis, y mi hermana Heaven estaba dormida. Así que River aprovechó la ocasión para poner uno de esos canales que mis padres no me dejaban ver. Se emitía una película de terror. A él se le dilataron las pupilas por la emoción, y sus ojos, que eran de un azul intensísimo, se oscurecieron cuando un hombre con una máscara apareció en escena con una sierra eléctrica en la mano y empezó a correr detrás de un joven para descuartizarlo.

—No sé si deberíamos ver esto.

—¿Por qué no? Es divertido, Nicki.

—Voy a cerrar los ojos y tú me lo cuentas.

—¿Qué gracia tiene si no lo ves?

—No quiero mearme en la cama.

River soltó una carcajada y engulló otro sesito de cereza.

—Está bien. Pues... el hombre está sonriendo y el chico acaba de esconderse en un baño portátil. Uy, qué mala idea. Mmm. Se asoma por una ventana pequeña. Parece que no hay nadie, pero... Espera. —Miré de reojo a River y lo vi inclinarse hacia el televisor—. Oh, oh, acaban de rebanarle la cabeza. Qué gracioso. Y ahora...

—¿Qué pasa? —balbuceé insegura.

—Le ha sacado los intestinos. ¡Me encanta!

—Chicos, ¿qué estáis viendo? —La abuela Mila apareció en el salón y se hizo un hueco entre los dos para acomodarse en el sofá—. Algo didáctico es obvio que no.

—Yo no quería, abuela, pero...

—Mila, ¿te gustan las películas de terror? —me cortó River, embriagado por el subidón de la adrenalina y el placer de lo prohibido.

—¡Por supuesto que sí! ¿Y a quién no?

«¡A mí!», quise gritar. Porque no entendía a qué venía tanto interés por toda esa sangre y esa impenetrable oscuridad y esos giros rápidos de la cámara...

—Apaguemos la tele antes de que nos riñan —dije.

—Están bebiendo vino, no se enterarán. Y si no, os cubro. —La abuela Mila me guiñó un ojo y, todavía sonriendo, le robó a River una gominola—. Disfrutemos.

No puedo decir que me sorprendiese.

Mi abuela sentía debilidad por River Jackson y nunca se había molestado en disimularlo. Además, siempre decía: «Las normas tienen que importarte lo justo y necesario, querida». O lo que es lo mismo: le daban igual y lo aplicaba a su vida.

La abuela Mila había estado casada cuatro veces.

Con su primer marido apenas estuvo un par de años; había muerto en la guerra de Vietnam. No en manos del enemigo, sino porque un compañero le disparó por accidente. Aquel su-

ceso desencadenó que ella se manifestase en contra de la guerra y se uniese al movimiento que se extendió por todo el país. Pasó de soñar con una cocina moderna en la que poder hacer asados y sopas a convertirse en una mujer decidida que se implicaba en cualquier causa perdida. Durante los siguientes años, vivió en una comuna *hippie*, se convirtió en un rostro habitual de Studio 54, posó para Andy Warhol y fue a juicio por golpear a su tercer marido en la cabeza con una sartén («se lo merecía», le diría ella al juez). Quiso ser pintora, acróbata y bailarina, porque le encantaba dar vueltas y vueltas hasta marearse y caer al suelo boca arriba. Y en medio de aquella existencia apasionante, llegó Vivien, mi madre, que no fue fruto de ninguno de sus matrimonios.

La abuela no le había dado una infancia convencional, eso era cierto, pero nunca le faltó amor. Y, años después, la relación que estableció con nosotras fue igual de divertida que la que había forjado con nuestra madre. Jugaba a disfrazarse, rodaba por los prados, se ponía frambuesas en la punta de los dedos y se manchaba de harina cuando hacíamos galletas con pepitas de chocolate. Le encantaba ir a la feria en Navidad para subirse al tiovivo y comer algodón de azúcar. Yo siempre sonreía tras el primer bocado y le decía: «Mírame, abuela, me estoy comiendo un trozo de nube de tormenta».

Por eso era mi referente. La tenía en un altar.

Quería ser como ella y no tener pelos en la lengua. O poder decir cualquier disparate sin sonrojarme. La abuela corría riesgos y no temía equivocarse, pero, cuando lo hacía, sabía arrepentirse con esa sabiduría que, según solía decir, solo se consigue con la edad y la experiencia. Y era auténtica, no estaba dispuesta a amoldarse por nadie.

Sin embargo...

Pese a que la teoría era perfecta, era incapaz de ponerla en práctica. Por aquel entonces, me inquietaba que algunos com-

pañeros de clase hubiesen hecho correr el rumor de que era una bruja, porque me gustaba la magia y tenía el pelo naranja. Y, además, a River le llegaban invitaciones de cumpleaños que, por lo visto, se extraviaban de camino a mi buzón. Si me enteraba, me pasaba los siguientes días pendiente del cartero como un halcón. Al contárselo a la abuela, me dijo: «¡Ellos se lo pierden! Escúchame bien, Nicki, querida, no dejes que te hagan daño, no les des ese poder».

Así que me repetía: «No importa, no importa».

Pero no conocía ningún conjuro para convencerme de ello.

RIVER, 24 DE MAYO DE 2000

(Lo que olvidamos)

—Ya sé cuál será la locura de nuestro próximo cumpleaños.

—No entiendo por qué seguimos haciendo esa tontería...

—Porque me lo prometiste hace años cuando viniste a verme para firmarme la escayola. Al fin y al cabo, nunca me habría caído del árbol si tú no me hubieses asustado hablándome de ese gusano —le recordé.

—Es que *había* un gusano. No es culpa mía que te den miedo.

Intenté disimular un escalofrío. No me gustaba admitir en voz alta que sentía una mezcla de miedo y asco por los animales invertebrados, especialmente cuando tenían un aspecto gelatinoso, como los gusanos, las medusas o las babosas.

—Será «El bote de la aventura».

—Explícate. —Me miró atenta.

—Guardaremos el dinero que nos den en Navidad, en los cumpleaños o cuando nos pidan que arranquemos las malas hierbas del jardín. Y, en cuanto seamos mayores de edad y hayamos ahorrado lo suficiente, nos iremos a la aventura.

—¿Adónde?

—No lo sé, pero eso es lo de menos.

—Mmm... —Nicki enrolló en su dedo índice uno de los mechones rojizos de su pelo y después lo soltó como si fuese un muelle—. No me parece una idea tan mala.

—Pues claro que no. ¿Por qué iba a serlo?

—El año pasado se te ocurrió robar huevos de las gallinas del señor Ollie.

—Fue muy divertido.

—Nos castigaron.

—Aún no entiendo por qué.

Nicki sacudió la cabeza. Llevaba un colgante del que pendía un bote de purpurina plateada y en su muñeca parecía coleccionar gomas de colores.

—Tengo treinta dólares en mi caja de los tesoros.

—Yo guardo unos veinte —dije, porque la semana anterior me había gastado buena parte de los ahorros en dulces—. Eso hacen cincuenta. Somos casi ricos.

UNA NOCHE, JUNIO DE 2014

(Lo que rompimos)

—Hagamos una locura de cumpleaños como en los viejos tiempos.

—Nicki, lo siento, no tengo tiempo para esto.

—¿Por qué no?

—Ya no somos unos niños.

—Cumplimos veinticinco —apuntó ella.

—Pues eso. —Y luego colgó el teléfono.

RIVER, 8 DE JULIO DE 2001

(Lo que olvidamos)

—¡Uña de mono! —gritó Nicki entusiasmada.

—Rábano amargo. —Heaven le siguió la corriente con una sonrisa, porque a los nueve años cualquier plan le parecía divertido.

—Te toca, River —dijo Nicki.

—No se me ocurre nada.

Ignoró mi escaso ingenio y continuó:

—¡Cuerno de unicornio!

—¡Escupitajo de rana!

Estábamos en la casa del árbol. Las dos hermanas removieron el contenido de un caldero antiguo que mi madre les había dado para jugar. Intenté visualizar todo aquello, las uñas y los rábanos, los cuernos y los escupitajos, pero no conseguí ver nada más allá de hojas, ramas y piedras. Eso me enfadó y me alivió a partes iguales.

—River, es tu turno —insistió ella.

—Bah. Esto es aburrido. Jugad vosotras.

—Pero... —Nicki me miró confundida.

—La magia no existe. Es para niños.

—Perfecto. —A Nicki le tembló un poco el labio, aunque consiguió disimularlo cuando levantó la barbilla—. River Jackson, quedas expulsado del reino de las hadas.

—Es mi casa del árbol —le recordé.

—Todo lo tuyo es mío, ya lo sabes.

Puede que hubiese comentado algo por el estilo en alguna ocasión, pero no tenía claro el contexto. En cualquier caso, ¿qué más daba? Ni siquiera me apetecía pasar las tardes en la casa del árbol. Maddox llevaba meses sin subir allí, y yo tenía doce años y los juegos de Nicki ya no me parecían aventuras apasionantes, sino tonterías estrafalarias.

Quería crecer. Deseaba escuchar música *rock* a todas horas, aprender a conducir y usar zapatillas deportivas de marca como todos los demás chicos de Cape Town.

¿Quién quiere magia teniendo el mundo real?

NICKI, 2 DE OCTUBRE DE 2002

(Lo que olvidamos)

Algo había cambiado al empezar aquel curso escolar, pero Nicki no adivinaba qué era exactamente. El ambiente, quizá. O la incómoda sensación de que algunas compañeras de clase la miraban de reojo y se reían bajito de bromas que ella no entendía. O el pasillo, que de pronto parecía más estrecho y, cuando lo atravesaba, tenía la impresión de que sus pasos eran sonoros y pesados. Se respiraba una energía hostil. Puede que fuese más consciente del entorno desde que a ella y a River los habían separado de clase.

—Es porque se distraen si están juntos —explicó el director del colegio cuando se reunió con sus padres—. Ella habla mucho y a él le cuesta seguir el ritmo de la clase. Además, River la incita a saltarse las reglas. Ya lo hablamos en su día, pero es evidente que no fue idea de Nicole atascar uno de los inodoros haciendo bolas de papel.

—Son amigos —replicó Vivien—. Los jóvenes se influyen con facilidad, sí, pero no solo en lo negativo, también aprenden cosas buenas el uno del otro.

—Es una decisión que corresponde al centro escolar. Intentamos pensar en cada clase de una manera global y en lo que es mejor para todos los alumnos. —Se subió las gafas por el puente de la nariz—. Les irá bien. Ganarán independencia.

Lo único que Nicki ganó fue que sus días fuesen más grises.

En clase se sentaba en la segunda fila junto a una chica llamada Tully. Era muy amable, pero apenas le dirigía la palabra y, cuando ella lo hacía, siempre se llevaba un dedo a los labios para indicarle que guardase silencio. Sobre la pizarra había un reloj redondo con un marco rojo y Nicki se pasaba las horas mirándolo y preguntándose si alguien le habría lanzado un conjuro para ralentizar las manecillas.

En cambio, River sí que había hecho más amigos.

Archie, Tom y Luke eran simpáticos, pero ella no entendía sus bromas cuando se sentaba con ellos a la hora del almuerzo. Tampoco ayudaba que Tom se luciese tirándose pedos o eructos. ¿Cómo era posible que los gases les resultasen tan graciosos?

—Solo es aire —puntualizó ella mientras todos se reían.

—Por eso es divertido. Y porque huele mal —dijo Luke.

—Huele mal cuando el hidrógeno, el dióxido de carbono y el metano se juntan con el sulfuro de hidrógeno y el amoníaco en el intestino grueso. —Nicki le dio un bocado al sándwich de queso—. Me lo explicó mi padre.

Luke miró a River y se echó a reír.

—Colega, tu amiga es muy rara.

—¡Tú sí que eres raro! —replicó River.

—Uy, tranquilo. No le diremos nada a tu novia.

—¡No es mi novia! —Le lanzó un trozo de pan.

—Oye, Luke, déjalo ya —intervino Archie.

—Si solo he dicho que la bruja es rara...

River se puso en pie como si fuese una marioneta y alguien hubiese tirado con fuerza de los hilos que lo sujetaban. Nicki estaba tan sorprendida que ni siquiera fue capaz de pestañear mientras la escena se sucedía ante sus ojos.

—Atrévete a volver a llamarla así y...

Pero ella no oyó lo que dijo a continuación porque logró salir de su letargo. Dejó el sándwich en la mesa, se levantó y

caminó hacia la puerta del comedor sorteando las sillas que había a su paso. La zarandeó una sensación que tenía a menudo, cuando parecía oscilar entre la realidad y la fantasía. Entonces visualizaba el mundo desde arriba como si fuese un fantasma y lo veía chiquitito e insignificante. Imaginaba que era una canica. O una bolita antiestrés. O el huevo de un dragón.

Hasta que se veía obligada a poner los pies en el suelo.

—Lo siento —dijo River tras ella—. Luke es idiota.

En mitad del pasillo, Nicki se giró hacia él con las mejillas encendidas. Sentía que le quemaban los pulmones y su voz sonó más vulnerable de lo que le habría gustado.

—No vuelvas a hacer eso, por favor.

—Ni siquiera sé de qué estás hablando...

—No me defiendas así. Puedo hacerlo sola.

Quería ser la heroína de su propia historia y no le gustaba que River se convirtiese en un escudo, ese príncipe encantador que siempre estaría dispuesto a socorrerla.

—Pero... —Frunció el ceño—. Somos amigos.

—Lo sé. Y te avisaré si alguna vez te necesito.

La mirada de River era un remolino de incertidumbre. Terminó asintiendo con la cabeza, aunque, desde ese día, Luke nunca volvería a sentarse junto a él. Y ellos no hablarían de aquello hasta quince años más tarde, durante aquella noche...

Un 31 de diciembre. La última noche del año.

NICKI, 14 DE FEBRERO DE 2003

(Lo que olvidamos)

—No lo entiendo —repetí mientras River sacaba la última carta y la dejaba en el montón que había sobre la cama de su habitación—. ¿Cómo es posible que te hayan dejado tantas declaraciones de amor en la taquilla? Si ni siquiera has hablado con todas esas chicas. No tiene ningún sentido.

—¿Es culpa mía ser irresistible?

—No me hagas reír.

River se acercó a la cadena de música que sus padres le habían regalado por Navidad. Era su bien máspreciado. Desde la ventana, lo veía a menudo pasarle un trapo por encima y, cuando la tocaba, lo hacía con una delicadeza inusual en él.

—¿Qué te apetece hoy? ¿Nirvana? ¿Oasis? ¿Fleetwood Mac?

—¿No hay algo de Avril Lavigne?

—Tienes que estar bromeando.

—Es divertida. Me gusta su estilo.

—Ni para ti ni para mí. Coldplay.

Las notas de *The Scientist* flotaron por la habitación mientras les echaba un vistazo a las cartas. La mayoría tenían corazones dibujados en el sobre y estaban perfumadas, había un par que llevaban purpurina y otras que tan solo eran papeles doblados.

—Me encantaría leerlas... —susurré.

—Pues hazlo. —River se encogió de hombros—. Escucha

este acorde. Es una genialidad, cada nota encaja con la siguiente. ¿Quieres que vuelva a ponerlo?

—¿No crees que estaría mal? Lo de leerlas.

—Solo son cartas de amor. San Valentín es una tontería.

Aunque sabía que no era lo correcto, me dejé convencer por la idea de que no tenía importancia y abrí la primera con impaciencia. Luego, intenté descifrar las letras diminutas mientras River seguía hablando de la canción.

—«Eres el chico más guapo del mundo. No cambies nunca» —leí y alcé una ceja—. Qué profundo. No ganará un premio de poesía, eso desde luego.

—¿Te apetece algo de Nickelback?

—Abriré alguna más... —Cogí aire antes de leer—: «Sé que probablemente no sabes quién soy, porque nunca hemos hablado, pero se me quedó grabado en la memoria el día que me dejaste usar tu bolígrafo en la clase de Matemáticas cuando al mío se le acabó la tinta. Fue muy amable por tu parte. Eres la persona más divertida que conozco, me encantan las bromas que haces en clase, aunque imagino que te lo dirá todo el mundo. También me encanta tu pelo. Y tus ojos. Firmado: anónimo».

—Qué simpática es «anónimo». O simpático. —River se inclinó y pulsó con cuidado uno de los botones de la cadena de música—. Allá va.

How You Remind Me fue el telón de fondo de la siguiente carta. Me fijé en que el papel tenía una granulación más gruesa y la letra era alargada y bonita.

—«Querido River, no estaba segura de escribirte esta carta porque creo que es algo que deberías haber hecho tú, pero como no pareces captar ninguna indirecta, iré al grano: opino que juntos haríamos muy buena pareja. Piénsatelo».

—¿Quién la escribe? —preguntó River.

—Pauline Harris —pronuncié su nombre despacio, como

si se me hubiese hinchado la lengua. Con aquella carta en la mano y todas las demás formando un montoncito sobre la cama, de pronto sentí algo incómodo retorciéndose en mi tripa.

Pauline era la chica más popular del curso. Parecía un dibujo animado con su largo cabello rubio, los labios rosados y esos pantalones de campana de cadera baja. Siempre era la delegada de la clase por votación y lideraba todas las actividades.

—Tiene las cosas claras —dijo él.

Asentí con la cabeza. Ya no me apetecía leer todas esas declaraciones cursis y edulcoradas que solo hablaban de River como si fuese una divinidad.

—Creo que voy a irme. Es casi la hora de cenar.

—Aún es temprano. Venga, te pongo una de Avril Lavigne.
—Lo vi revisar entre uno de los montones de discos que parecían formar rascacielos en el escritorio.

Me tumbé en la cama sin dejar de sonreír.

—Así que al final sí que te gustaba...

—Pues claro que no. La grabé para ti.

Los latidos acelerados de mi corazón se entremezclaron con los primeros acordes de *Complicated*.

RIVER, NAVIDAD DE 2015

(Lo que rompimos)

—¿Vas a darme lecciones de amor?

—Solo es una apreciación. Tómatelo como quieras.

—Mírate... —Nicki tragó saliva, visiblemente alterada—. Te comportas como si lo supieses todo, pero en el fondo no tienes ni idea. ¿Cuál ha sido tu relación más larga? Piénsalo antes de contestar lo primero que se te pase por la cabeza.

River apretó los labios. Abrió la puerta de uno de los armarios de la cocina y sacó más pastelitos navideños, que dejó en la bandeja. Las voces que provenían del salón eran un eco lejano. El silencio entre ellos se volvió opresivo.

—Aparta. Tengo que pasar —dijo River.

—Así que eso es todo. No vas a disculparte.

—Dame una razón por la que debería hacerlo.

—Porque me duele que te comportes así. —Clavó los ojos en él y le sostuvo la mirada, pese a que daba la impresión de estar a punto de llorar—. ¿Sabes cuál es tu problema? Que parecía que lo tenías todo con tan solo chasquear los dedos, pero en realidad era justo al revés. ¿Recuerdas que cuando éramos pequeños tu taquilla se llenaba de cartas cada San Valentín? Mucho en cantidad, poco en calidad.

—Nicki...

—Supongo que es frustrante para ti aceptar la felicidad ajena.

River respiró hondo. La expresión de su rostro se tornó granítica. Cogió la bandeja y se dirigió hacia la puerta, aunque tuvo que rozar a Nicki al pasar por su lado.

—¿No piensas decir nada?

Se paró de golpe. No la miró antes de espetar:

—Si te dijese lo que pienso, nuestra amistad terminaría esta noche. Así que no, no lo haré. Es Navidad y nos están esperando. Coge el maldito tetrabrik de leche.